TEMAS DE AMOR

COLECCION
CUADERNOS DEL INSTITUTO
Director: ARISTOBULO ECHEGARAY

VOLUMEN IV

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Distribuidores exclusivos:

COOPERATIVA IMPRESORA Y DISTRIBUIDORA ARGENTINA Ltda.

C. de Correo 16 - Suc. 2 - Buenos Aires

ENRIQUE AMORIM

TEMAS DE AMOR

INSTITUTO
AMIGOS DEL LIBRO ARGENTINO
BUENOS AIRES

LA TESTIGO

Escucha a Cuperin. Se diría que está lloviendo, pero no cae agua del cielo. Hay algo así como una lluvia interior que moja la hora evocativa. Cuperin le hace oir palabras que una sola vez en su vida le fueron dichas. Palabras irreales pero de una amante real, latente, palpitante. Acercando el rostro hasta sus labios le dijo muchas veces: ¡Ah, mis uvitas, mis queridas uvitas! Y parecía paladear uvas verdes de un racimo prohibido. Luego la besaba mirando

fijo sus ojos. Cuando se estampan intimidades siempre resultan un poco cursis. Y es que el amor es cursi muchas veces o casi siempre. Los diminutivos tienen una envoltura sedosa que no admite la poesía. ¿Uvitas? Llamarle uvitas a los ojos estúpidos de un hombre enamorado. Al transvasar la intimidad al lector es muy difícil que éste sepa aceptarla, aunque súbitamente se dirija a su propia amada en términos de tan poca jerarquía. Los poetas omiten la intimidad o la descartan para sólo valerse de términos consagrados por la buena literatura. Vale decir que nada tiene que ver el amor íntimo e intransferible con la estética. "Inconvenientes de la retórica", piensa él. Como está lloviendo en su alma y hay vientos invernales en la música de Cuperin el hombre nostalgioso pretende transformar en literatura aquello que nunca fue literatura. Fue amor, amor de verdad. Y oye a su amante que le murmura casi devorándole los ojos: "Mis uvitas". Pero con qué voz sabrosa y honda lo decía ella cuando le quería de veras, cuando se perdía por él. Ahora es necesario que abandone el sofá donde reposa, deje de lado la música de Cuperin y vaya en busca de aquella mujer. No importa que hayan pasado muchos años. El necesita una testigo de que al-

guna vez fue dichoso. No podría morir sin esta certeza. Es decir, podría morir tranquilo si diese con la testigo de sus días esplendorosos. Esos días de que ninguna literatura podrá rendir cuentas, ni música alguna satisfacerla. El se pone de pie. Ya no llueve. Afuera hace un día espléndido. Imagina la sombra que proyectan los árboles de la Recoleta. Conoce palmo a palmo, desde el "bárbaro" higuerón hasta la puerta del Cementerio, cómo juegan las sombras a esa hora. Nada le es ajeno de aquel ambiente mientras pasaban veloces y lujosos automóviles de gente conocida hacia San Isidro y Olivos. Cuando era un adolescente besó a más de una muchacha en el atardecer, al tiempo que empezaban a dormirse las grandes construcciones de cemento de los alrededores. Los andamios iniciaban el sueño nocturno.

Sale a la calle. Necesita una testigo, la testigo, la única que sabe que él fue feliz, totalmente feliz. ¿Acaso se va a negar a testimoniar su dicha? No, ella con su sola presencia va a conformar ese capricho antes de su muerte. Ella va a decir: "Sí, andábamos por la calle como tomados por la cintura sin utilizar nuestros brazos. Adelantábamos con igual movimiento. Llegábamos a un punto exacto donde nos besábamos. Eramos

una armonía. Eramos la perfección. Eramos eso que no se encuentra en las novelas ni en los poemas. Eramos el Amor con mayúscula''.

Sale a buscarla. La encuentra muy pronto. Ha pasado mucho tiempo. La encuentra decidida, dispuesta. Concierta la cita. Se ven. Han pasado muchos años pero tienen que ser los mismos. El habla de cosas corrientes. Ella responde futilezas. Acaso le está mirando los ojos con la misma mirada de antaño. Ella debe escuchar las palabras de entonces porque sonríe. ¡Vaya ocurrencia! Verse de golpe así, porque sí, después de tanto tiempo. El cita a Cuperin, a una llovizna helada o echa mano a argumentaciones anodinas que más parecen temas de sueño. Ella lo está mirando. Lo mira sin cesar y sonríe. Le toma una mano. Le acaricia una mano, le ordena el vello de su mano caprina. Se quedan silenciosos un instante quizá demasiado largo. Como no hay nadie en aquel lugar solitario las sombras ciñen la cintura de ella. ''Tú, Manuel, siempre fuiste un poco raro''. Manuel no contesta, no se defiende. ¿Para qué, si él sabe que no ha sido como los demás? Ella vuelve a mirarle los ojos y sin duda está pensando: ''mis uvitas'', como si se las fuese a devorar. Manuel acerca los labios a la boca de ella que

son los mismos labios de aquella gloriosa época. "He ahí mi testigo, piensa, la testigo de mis mejores días". Se besan. Ella suspira hondamente. Manuel se ahoga. Cuando separan los labios, un milímetro, el grosor de un pétalo, a ella se le escapan dos palabras, nada más, poseída por el momento... "¡Ay, Andrés!"

Cuando el nombre está en el aire, cuando el nombre toma forma, ya es tarde.

A Manuel se le llenan de lágrimas "aquellos ojos".

DOBLE VIDA

Vive alegre, feliz, dichosa, y la gente casi no atina a explicárselo. ''Ha sido una belleza'', repiten muchos. "Sigue siéndolo'', argumentan otros. Pero no tiene ningún motivo visible para aparecer siempre radiante, tan feliz a los ojos de todo el mundo. Se ha quedado sin novio, sin marido. El pueblo es triste pero ella es alegre. No hay mujer que no suspire por Buenos Aires. Y Buenos Aires está a una hora del pueblo. Son muchas las que se han marchitado a ojos

vista, en el andén de la estación, comentando luego en la plaza quién iba o venía en tal o cual vagón de primera. Han visto desfilar a muchos hombres. A tantos, que ya perdieron la cuenta. Algunos dejaron de viajar y deben de haberse muerto. Otros pasan ahora hacia Buenos Aires con sus mujeres y hasta con sus hijos. La vida es un desfilar incesante.

Mimi se llama ella, la alegre, la feliz mujer de todas las épocas. Invierno, Verano, Otoño y Primavera. El último verano se la vio regresar con la tez cambiada. Pero ni menos alegre ni más feliz. Siempre la misma medida. Una hora de viaje y Mimi va a Buenos Aires a veces a fin de semana, otras en los feriados. Como tiene su empleo en un juzgado de paz desde hace ya treinta años, la vida resulta monótona, pero ella no se ha dado cuenta. Todos piensan que algún secreto tiene para que la vida le sonría en esa forma tan franca. Ríe, bromea, no se quejó nunca. Mantuvo las formas de su cuerpo a través del tiempo tan invariables que nadie se dirigió a ella llamándola señora cuando a sus amigas empezaron a considerarlas provectas. Ella siempre fue una señorita feliz que con su madre al lado no acababa de dejar el linde de la veintena. Cuando cumplió 30 nadie se lo pudo creer. Y no los oculta-

ba, sino que más bien hablaba de que iba para los cuarenta. Siempre alegre, siempre viajando a Buenos Aires y regresando con mejor cara que al ausentarse, con sus buenos colores y una sonrisa de satisfacción inevitables. ¿Quién la vio en Buenos Aires? Nadie, jamás nadie la vio en Buenos Aires, como no hubiese concertado una cita. Se la vio, en cambio, regresar cantando, a veces aires conocidos o de actualidad. Así pasó del tango a la zamba, de la zamba al rokand-roll. Y ahora tararea como una chiquilla, ahora que ya pasó de los cuarenta. Los que por ella se interesaron no se explican la lozanía de Mimi. Siempre la misma, se dicen para sí. Y se diría tan hermosa como en su buena época cuando todo el pueblo pensaba que algún día alguien se mataría por ella. Pero no. Ingresó a una oficina, y a pesar de que todo allí envejecía y se marchitaba, ella superaba al tiempo y hasta tenía que soportar los avances de los muchachos recién llegados a la oficina. El juez de sus primeros años había muerto; el que le sucedió parecía morirse a cada rato. En cambio ella tomaba regularmente el tren para Buenos Aires. La fuente de Juventa se desvanecía en Constitución, se hacía humo en el andén y nadie supo jamás qué tranvía tomaba o si utilizaba

un taxi o automóvil privado. Allí en la estación empezaba el misterio de Mimi. ¿Qué hacía aquella mujer en Buenos Aires una o dos veces por semana? No fue uno, sino cientos los que pretendieron seguirle los pasos. Hasta que vino la madurez de Mimi y ya no interesó saber qué podía hacer una mujer madura en Buenos Aires. A los 20 intrigaba a todo el pueblo y la mandaron seguir. A los 30, como era formal, disminuyó la curiosidad. A los 40 tiene esa libertad de acción que se otorga a las mujeres feas. Pero ella no era fea, era hermosa, era esbelta. era feliz, era una criatura dichosa como ninguna otra mujer de aquel pueblo polvoriento detenido en la pampa. Seguía viajando en el mismo tren de las diez y regresaba antes de medianoche. Algún sábado se queda en Buenos Aires. ¿Es que alguien sabe dónde se queda Mimi en Buenos Aires? Nadie lo sabe. Sigue sonriendo, sigue tan feliz que da verdaderamente envidia. Canta al ir a la oficina, canta al dejar las carpetas en su sitio y decir hasta mañana al personal, cada día más numeroso. Creen algunos que se va a jubilar este año, que ya es tiempo de empezar el trámite. Si se jubila, ¿quedará en el pueblo con su madre ahora tan vieja que no puede saludar a la gente? ¿Se irán a vivir a Buenos Ai-

res? Sí, seguramente al fin podrá entregarse toda, entregar la vida que le resta a las citas que tuvo en Buenos Aires durante tantos, pero tantos años.

Es feliz, sigue cantando y nos guardamos el secreto de su dicha porque hay gente que tiene doble vida y son los seres más respetables del mundo. No diremos a nadie por qué Mimi ha sido tan feliz siempre y no se alteró su vida plena de amor. Nos guardaremos el secreto para más adelante.

H U M O

A Angel Mazzara

La conocí cuatro años después de la reconquista de París. Era una de las más bellas muchachas de Francia, porque como tal la imponían los modistos y las revistas ilustradas. Aparecía fotografiada como una **vedette**, y querían hacer de ella muchas cosas a la vez. Actriz de cine, actriz de teatro, estampa de París con repercusión mundial, como si la belleza corporal se transformara en un eco destinado a todos los sitios vacíos y feos del mundo. Un toque de su mági-

ca belleza debía hacer soñar a cualquier ciudadano del universo. Calcuta, Roma, Buenos Aires, Hawai, Nueva York.

Tenía 20 años. París renueva su espectacular stock femenino año tras año. Muerta Colette, aun tibia su carne mortal, lanzaron al mercado a Françoise Sagan. Como si todos los editores, en una siniestra conjuración, conviniesen en levantar una nueva figura. Con igual interés se vigila la Belleza. A mi ocasional amiga le tocó ocupar el lugar de privilegio alzada de la hoguera de la guerra, surgida de bajo los escombros o de bajo el techo de la prostitución y el hambre.

Cuando aparecí como cuervo latinoamericano, una hermosa modelo, mientras se ceñía a mi cuerpo en el baile, me dijo: "Los alemanes fueron bastante amables con nosotras". La separé un tanto, como para observarla desde mi repentino horror. "Mais oui —prosiguió— très gentils avec nous"... Y no pude volver a estrecharla entre mis brazos. ¿Me dió asco? No podía yo tener repugnancia por una criatura espléndida y estúpida. Pero al terminar el tango, el fatal tango, la dejé en su mesa, donde se bebía champagne con norteamericanos que lo prefieren Brut... Y no volví a mirarla. Recuerdo que vestía de blanco, de un blanco triste, sucio, manoseado;

de un blanco tétrico. Era hermosa y hablaba bien del opresor. No tenía más de 20 años y culparla me resultaba injusto.

Se llamaba Mayenne la bella que cuatro años después haría con su hermosura la reputación de Francia pisoteada por el nazismo. Nunca me hacía preguntas indiscretas. Yo tan sólo pretendía que fuese más bella y más sana. Un día, al finalizar un discreto almuerzo en un restaurant de la rue des Saints-Pères y de l'Université, frente a la Poste, le dije por lo bajo, entre el violento humo de su cigarrillo rubio, que me ahogaba:

—Te voy a quitar ese espantoso vicio. Es horrible como fumas... Tus dientes se volverán negros, asquerosos...

—¿Te molesta el humo? —me preguntó.

Mayenne arrancó del cigarrillo una espesa humada y, abriendo la boca como si su cara se hubiese transformado en una máscara de extraña divinidad antigua, dejó libre el humo en forma inusitada. Tanto, que su rostro pasó de la hermosura a la más terrible fealdad. No eran sus ojos negros y apacibles lo que yo veía; eran dos cavernas de horror. Los labios me recordaron los de una mujer muerta que había visto en mi niñez, al borde de una carretera enlodada. Volvía la muerte de una desconocida,

asesinada al borde del camino, a aparecer, en el más bello semblante de Francia. Me afrentó el humo de sus labios.

* * *

En la rue des Petits Champs de París, a pocos pasos de la rue de la Paix, Paul dijo al oído de Mayenne: "Hay un hotelito al que iremos un día. La chambre —tu sait— está totalmente cubierta de espejos. Tus formas se repetirán hasta el infinito en mis pupilas. ¡Tus formas, tus espléndidas formas!

Mayenne calló, porque jamás había supuesto semejante refinamiento. Y allá, tan cerca de la Place Vendôme y del exclusivista hotel Ritz. Porque su silencio a él le resultaba poroso y le permitía penetrar con su imaginación ardiente, Paul continuó:

—Te cuesta imaginarlo; lo sé. Y lo que es más terrible es que día a día, hora tras hora, nos alejamos de París, tal vez para siempre. Esto es espantoso. Lo sé, lo sé.

Y volvió a besarla, con una violencia jamás sospechada en un hombre de 30 años. Mayenne pensó en la calle des Petits Champs, por donde solía pasar camino a la oficina postal cercana sin pensar que allí existiese una posada tan extraordinaria. No era su **quartier**; no podía serlo, porque es el de los grandes

joyeros, los famosos modistos, los restaurantes de lujo. Bastó que Paul mencionara el hotel con espejos en los muros para que Mayenne abandonara por unos instantes el lugar que el destino le había señalado para perder su virginidad. Se trataba de una leve hondonada en la vecindad de Orleans, a pocos kilómetros de donde Juana de Arco ya había rodado de su pedestal, aparentando los escombros y el humo. Un villorrio en la proximidad de Châteavrovx. Separándose un poco de la frente de Paul, es decir levantando la cabeza para acomodar la mirada al paisaje, Mayenne podía ver las casas humeando que quedaban atrás. Los aldeanos las encendían; daban fuego a los graneros para no dejar nada al enemigo. Cuando ya no cabía ni un alfiler en la carretilla de manos; cuando un trasto se amontonaba a otro trasto, si algo quedaba que sirviera para colaborar con el nazi, el francés arrojaba el fósforo encendido y al instante el humo trepaba por los tejados y el cielo de junio. Por todos lados se elevaban columnas de humo. Las chozas viejas ardían. No quedaba ninguna esperanza de recuperarlas. Era duro dar fuego a lo que tanto costara construir. Pero no había que dejarle al invasor más que ceniza y humo. Humo y ceniza. Aquí, allá, más cerca y

más lejos, en la distancia dilatada y en la vecindad, casi soportando la llama en la planta de los pies. Habían caminado mucho. Paul hacía el viaje a pie, dando órdenes transmitidas por el maquis. Mayenne, en bicicleta, con sus padres que no la perdían de vista. Pero una noche, sin saber cómo, de pronto se encontró sola al borde del camino. Como no había comido en cuarenta y ocho horas, durmió más de lo necesario. Y, al partir, los padres creyeron que Mayenne seguía adelante con un grupo de muchachas de su edad. En vano volver atrás cuando el padre no la encontró en dos o tres kilómetros de camino. Imposible vencer a la marea humana que avanzaba. Así gritase clamando por su hija como un loco. Cuando quiso hacerlo, otros padres que habían perdido sus hijos lo envalentonaron diciéndole que Mayenne andaría más adelante, y lo empujaron y le dieron señas equivocadas y esperanzas a sabiendas inciertas. Mayenne había quedado atrás. Lo único que le restaba era incorporarse a las otras muchachas que huían de París, tan desconocidas como las anteriores. Bastaba acercarse al borde del camino y dejarse empujar. Quizá algún muchacho fuerte compartiría con ella la bicicleta o la empujase lentamente para que los de atrás no protestaran

por su lentitud. El miedo se arrastraba por las rutas de Francia. La balumba obscura y tétrica del miedo a la luz del sol. Ya habían pasado aviones con ametralladoras y diezmado una columna. En cualquier momento podía volver el avión con un zumbido de moscardón y terminar con ellos. Marchaban en el sendero de la muerte tan familiarmente, que había muchos padres para muchos hijos y muchos hijos para muchas madres. No faltaba nadie ni faltaba nada. Mayenne encontró súbitamente mil madres que la tomaban por la cintura, madres momentáneas y novios momentáneos y transitorios padres, y también manos de muerte, de codicia y de lascivia. No bien bajaba a descansar oía mil preguntas. Alguien quiso comprarle la bicicleta con muchos billetes en la mano. Otro la amenazó, reclamándosela colérico. Una mujer la insultó porque poseía ese medio para desplazarse. Algunos, desde automóviles lujosos, admiraban su belleza en primor; pero eran educados y no provocaban escenas en la ruta. Hasta que la noche los juntó a todos en un inmenso rebaño. Una noche llena de olores y de humo invisible, rica en fragancias de toda naturaleza. Cayó dormida al borde del camino, porque era el único lugar donde podía descansar sin oir el ajetreo de los pasos,

el ruido de las ruedas, el rechinar de los ejes, las explosiones de los motores. A unos cincuenta metros de la ruta nacional 20, que lleva a Blois, bajo un abeto centenario y junto a un almendro, Mayenne se quedó dormida. Al despertar, ya tenía al hombre, el verdadero hombre que soñara desde que empezó a sentirse mujer. Era espléndido. Se parecía mucho al imaginado. Ni un solo detalle diferente del que soñó para entregársele llegado el instante. Y bajo un abeto, porque la fémina busca siempre un dosel, Mayenne dejó que Paul penetrara en sus carnes. Se le fueron el hambre, la sed y el miedo. Todas las formas de vida corriente desaparecieron. Era otro el mundo. Sí, con París ocupado, con París bajo el casco alemán y la bota que todavía golpeaba en sus oídos. Pero ¿qué importan esas cosas cuando una muchacha se entrega al borde del camino del éxodo? No importa nada, absolutamente nada. La muerte tiene un sentido tan diverso, que se aparece como una dama elegante de la rue de la Paix. Claro, siempre que se tenga encima el cuerpo de un hombre de 30 años como Paul, oloroso a hombre, a trébol, a pólvora, a muerte y a primavera. Todo huele cuando se ama carnalmente. El amor carnal es el titán que vence a la muerte.

Paul le preguntó el nombre después de haberla poseído. Echó a reir cuando reaccionó, pero ya sentíase clavada como una mariposa en una cajita de cristal. El cielo era alto, altísimo, y algunos aviones pasaban amenazantes. Pero resultaba bajo, de cristal, como una breve casita expuesta a la mano de Dios. Ni una nube. Nada más que cielo y amor y amor y cielo.

—Me llamo Mayenne, pero tengo un sobrenombre.

Iba a pronunciarlo en voz baja, como correspondía a una primera confidencia, y en ese preciso instante oyeron descender un avión de caza que se situaba en la altura para abrir el fuego de las ametralladoras. No se lo veía. Entraba por los oídos, y la presencia paralizaba el cuerpo humano. Los animales huían a la par de los hombres, y los perros trababan el paso de las mujeres lanzando alaridos desgarradores, contagiados del pánico. Mayenne intentó erguirse, pero él no la dejó.

—Hunde la cabeza en tierra —le gritó al oído, al tiempo que apartaba la bella frente de la muchacha con sus crispadas manoplas.

Paul caía sobre Mayenne como un escombro, como el capitel de un edificio. Ella había visto derrumbes en París, y

todo lo asociaba al pasado más reciente.

—No te muevas. Es mejor estar así... ¡Quieta, quieta!...

Mayenne súbitamente comprendió que sí, que era mucho mejor no moverse; morir así, como una mariposa clavada en el alfiler.

Pensó: ¿cuántos muertos habrán quedado en la ruta? ¿Habrá algún herido que se arrastre con sus piernas deshechas? ¿Se verá la sangre sobre el **goudronnage?**

Pero ellos permanecían en el pozo, en la antesala de la tumba, o en una cuna —pensó Mayenne—. ¿Por qué no en una cuna?

Ráfagas de ametralladoras se alejaron rápidamente mezcladas con el fragor de los motores. La muerte seguía alejándose. Mayenne pensó: he nacido de nuevo. Paul pensó: así vale la pena morir... Y la boca del macho abarcó los labios de la hembra como si necesitara abarcarla por entero. Respirar en ese instante era una gloria. Les manaba la saliva como de un hontanar pequeño pero inagotable. Ella bebió la saliva de Paul sin que éste se lo pidiese. Mayenne pensó: ¿Me conduciré como corresponde? Dudaba.

Paul no dejaba de oprimirla. Le resultaba fascinante, porque jamás pensó

que el amor podía ser así, como una espada sin réplica, como una espada que da el tajo y se duerme en la herida. Paul sonreía. Su sonrisa podíasele entrever entre la última rama del almendro que caía a tierra y el horizonte con humo dilatado. Mayenne sentíase alimentada, borrada la sed, satisfecha como nunca imaginó que lo pudiese estar. Una dolencia en la garganta (llagas o leves dolores no bien aspiraba polvo carretero) era todo lo que había sufrido hasta los quince años. Y allí estaba sin dolor de garganta, sin ninguna molestia, bajo un hombre que a ratos traspiraba, pero a quien la brisa secaba la frente en un instante, como si a propósito pasara un pájaro cuyas plumas les evitaran toda molestia. Llevaban mucho rato en tierra sin moverse. Paul insistía con una llamarada en la voz:

—No te muevas, por favor; no te muevas...

Y era tan fácil no moverse, era tan natural no moverse desde que a él se le ocurrió caer sobre su carne fresca, que Mayenne preguntó:

—¿Por qué habría de hacerlo, tonto? No me moveré ni cuando vengan los aviones.

—¿Tanto? —preguntó él.

—¡No me moveré nunca más!

—Eso es otra cosa —dijo Paul—; muy otra cosa. Pero no te muevas, por favor.

Minutos después, ella, que había descubierto una inicial en la camisa del hombre, exclamó suspirando: ¡Paul! Y Paul dijo, sin sorprenderse: ¡Mayenne! No se le ocurrió pensar de dónde había ella sacado que él así se llamaba. Le dió más placer aún el oir su nombre. Como no era un instante para reflexiones, Paul dejó que la racha de amor pasara como los aviones, y preguntó, sin apartarse de Mayenne:

—¿Cómo sabes que me llamo Paul?

—Por una inicial en la camisa.

—¡Ah, sí!... Acertaste. Eso vale otro momento como el anterior. ¿Estás conforme?

—No —dijo Mayenne—; nunca te diré que estoy conforme.

—Yo no pienso separarme.

—¿Es así como se hace?

—Es así como se debiera hacer, pero no se hace —replicó él.

—¿Y la sangre?

—¿Qué sangre?

—La mía.

—Si la siento caer gota a gota. Deja que caiga. La tierra sabe qué hacer con ella.

—¿Estamos solos?

—Tan solos, que a lo mejor han levantado el camino y anda dando vueltas por el cielo.

—Además de llamarme Mayenne... me dicen Chatte.

—Lo suponía. Ya veremos pasar alguna gata alrededor nuestro. Huyen de los alemanes como nosotros.

—Yo no huyo —dijo ella—; yo estoy en la lucha.

—¡Y yo!... Pero, por favor, no te separes un milímetro. Esto es inagotablemente bello.

—Como yo suponía.

—¿No te desengañaste?

—Ni un poquito. Deja que sea yo ahora quien te lama la cara, gato.

Fué Mayenne y no Paul quien dejó cubierta de saliva la cara de su amante. Cuando sintió que poco a poco la saliva se secaba y despedía un olor entre desconocido y familiar, extrañamente repetido pero nuevo, Mayenne comprendió que Paul volvía a poseerla. Y le decía gata al morderle suavemente el mentón. Y los sudores eran comunes, y Paul tartamudeaba palabras confusas que poco interesaban a Mayenne.

—Increíble, increíble —repitió el hombre.

—¡Claro que sí!... No te muevas,

Paul... Quédate quieto, que ahora te imagino una estatua.

Fué entonces que Paul le habló del hotel que había en la rue des Petits Champs, en París, cerca de la Place Vendôme. El deseaba conversar un poco, decir algunas palabras para explorar el cuerpo de la muchacha. No quedaba un solo límite de sus carnes sin la caricia de la yema de los dedos.

—No te separes —insistió ella.

—No pienso hacerlo.

—¿Por qué te mueves, entonces? Ten cuidado, no te separes. Sería mortal.

—No —respondió Paul—; pero déjame encender un cigarrillo.

Mayenne permitió que él bajase las manos hasta alcanzar el bolsillo de su americana tendida a poco trecho del hueco que ya formaban en la hierba. Con las puntas de los dedos fué alcanzando la ropa hasta dar con el bolsillo. Extrajo la cajilla de cigarrillos. Se ingenió para encontrar uno. También ellos dejaron levantarse hacia el cielo una leve columna de humo. Le puso el cigarrillo en los labios de Mayenne, y la muchacha se inundó de humo. Fumaron y rieron, pero sin separarse los cuerpos.

—No te muevas, por favor; no te muevas —dijo de pronto Paul en voz cada vez más baja al oído de su amante.

—No; no me moveré... así caigan rayos...

Pasaban nubes por el cielo. Seguía corriendo la caravana del exilio.

Algunos vieron a un hombre sobre una mujer. Y volvieron la cara. Otros les chistaban. Unos jóvenes, al descubrirlos, les silbaron. La metralla había dejado caer su carga a pocos kilómetros. No se explicaban aquel reposo. Dudaban o se lo explicaban demasiado. El pánico podía permitirse todos los lujos, pero aquél era solamente para dioses...

—Ahora parece que pasa más gente —dijo ella.

—Sí. Buscan donde acampar por la noche. Ya son las siete pasadas.

—Y después de medio día me tiraste sobre la tierra... Paul, eso no está bien.

—No te separes —ordenó él.

—No. Ni te muevas tú.

—¿Oyes el rumor del mundo?

—Sí. Oigo eso que pasa y muchas otras cosas. Colocando el oído en tierra quizá escuches el rodar de los tanques.

—No te muevas, Paul. Me iría en sangre. Cierra mi herida.

—No lo pienses así. Para evitarlo estoy yo. Es delicioso.

—Sí. Es terriblemente hermoso.

—Nunca creí que fuese así.

—Ni yo... ni yo...

Oscureció. Paul le dijo, como si fuese necesario utilizar las sombras, muy por lo bajo:

—Déjame secarme.

Ella comprendió inmediatamente que debía obedecer. Si él lo pedía, era correcto; porque él sabía más que ella de esas cosas.

Pasó el aire con humo por entre los dos. Esperaron unos segundos. El aire era caliente porque subía de la tierra como el aliento de otro hombre infernal.

—Bueno, ahora sí... —dijo Paul.

—Parece que empezamos de nuevo.

—Eso es lo que se logra; empezar de nuevo. Paul pensó en una escena de El Infierno de Barbusse, pero toda mención era un estorbo.

—¿Tu nombre?

—Me llamo Mayenne. Me dicen Gata.

—Ah, sí; Chatte... Mi gata... Y cerró los labios con un beso.

* * *

..—¿Te molesta el humo? Como comprenderás, amigo —me dijo ese día Mayenne después del almuerzo—, nunca dejaré de fumar.

—Nunca dejes de fumar, Mayenne, aunque se vuelvan negros tus dientes.

LA MADRE POLACA

Cuando el matrimonio Granero logró acomodar al español el endiablado nombre de origen polaco, gracias a la traducción de un apellido impronunciable, debió festejarse el acontecimiento. Ambos eran de Zacopane, de una aldea enclavada en las últimas estribaciones de los Cárpatos. La madre de María, la mujer de Mido Granero, vendía pájaros de madera, que pintaba cuidadosamente acompañándose de un vals que tarareaba sin cesar. María trajo el aire vienés a Amé-

rica anidado en sus oídos, acunándolo como una preciada herencia secreta. Mido, su marido, había elegido el Uruguay, porque un paisano suyo le giró el pasaje. Después buscaron la plaza adecuada a sus posibilidades, y así llegó a Colinas el matrimonio de nombre impronunciable. La primera barrera fue la del apellido. La cargaban, más que como una afrenta, como un pesado lastre. Pero poco a poco, ya entre mate y mate. consiguieron apellidarse Granero. A pesar de que el acento denunciaba la nacionalidad, soportaron el que se les llamase rusos, judíos y otras formas de manifestar el encono del mal criollo. Rechazados aquí y allá, remedados y burlados, los Granero debieron enfrentar las más crueles contrariedades. Hambre quizás no. Eran tiempos de vacas gordas y baratas. Pero había algo más duro que el hambre, más candente que la sed. El rechazo del medio. María era bonita, y tenía que ser mirada como prostituta. No podía ser otra cosa. Jamás aceptó ni la mirada de un paisano ni la canallesca intención del atrevido. Con rótulo de ramera para el vecindario de cualquier fonda donde quedaba sola mientras Mido recorría la campaña como "ambulante", con la desconsideración a su persona y la belleza defendida con rigor, empezó a

sentir que el vientre se le llenaba. Y les nació el hijo. Mido trató de aumentar sus trabajos. De vendedor ambulante, en que era "turco" para el paisanaje, pasó a ocupar un puesto de verdura en Montevideo. Allí le llamaban "gringo", nada más que "gringo". De polaco a ruso, de "gringo sucio" a "turco sinvergüenza", Granero soportó estoicamente todos los embates. Estas peripecias, que muchos ocultan y nadie se anima a relatar, tienen ahora su mentor. María dejó de ser considerada como posible ramera polaca, hasta el nacimiento de Juan. Eligieron ese nombre redondo porque rima con pan. Los oídos de María Granero seguían tan sutiles a la música como en su juventud lejana. Ya hacía años que había dejado de suspirar, y el vals vienés de su madre le arrebataba las carnes. ¿Cuándo bailaría ella otra vez al son de un vals, entrecruzando las hachas a la luz de las fogatas en los valles de los Cárpatos? Nunca más. Juan más tarde conocería sus tribulaciones.

Los Granero se instalaron en Colinas con un pequeño negocio que un español les vendió, heredando lo más apropiado y provechoso: el nombre de la casa.

Un brazo de hierro sostenía, saliendo un metro de bajo la cornisa del local, las acertadas dos palabras "EL BARATI-

LLO". Todavía en Colinas sonaban bien las designaciones españolas, y "El Baratillo" ofreció desde el botón para la camisa hasta el carretel de hilo y la madeja de lana. Ovillos en la vitrina, baratijas llamativas de nácar y hueso, espejitos de colores, todo lo que volcaba en los patios y galpones de las estancias el turco Mido cuando, cargando sobre los hombros su cajón de Pandora, recorría los campos hostiles. Por aquel entonces empezaron a aparecer muertos, en algún paso o picada del arroyo, los turcos, a quienes en muy poco se podía despojar. La noticia no interesaba a los diarios capitalinos. No había prensa local en Colinas. ¡Cuán distantes estaban los Granero de la Polonia natal! Un inmenso abismo robustecía con su pánico espacio la fibra de María.

Hasta que el "turco" Granero murió misteriosamente un día cualquiera, sin siquiera quejarse, en el hospital local. Nunca se supo de qué mal había muerto. Juan tenía ocho años. La extraña muerte de su padre le desgarró las entrañas. María se apoyó en su hijo, con un sentido de vástago capaz de soportar el más recio temporal. No dudó un solo instante. Y estaban en América; no se podía volver atrás.

"El Baratillo" se hizo popular, y la

sonrisa de María enternecía a la clientela. Juan sentía admiración por su madre, y detrás de sus ojos se agazapaba el hombre del desquite.

—Nunca juega con sus compañeros —se quejaba María a la vecina, una señora de ojos negros y profundos, viuda como ella, y a quien María terminó por venerar. Era la única persona del barrio que la trataba de igual a igual. Y no sólo del barrio. Desde que llegara al Uruguay, sólo la joven viuda la trató como a ser humano y no como a aventurera o fácil presa para la murmuración. Sellaron una amistad secreta. Colocadas en distintos niveles sociales, era su hijo Juan quien aprovechaba de aquella providencial criatura del barrio. Como si ambas mujeres hubieran combinado un plan severo para el niño, lo cierto es que las dos emplearon un inusitado método de educación. —"Sí —decía María—, debes imitar a ese niño, que es el mejor de la clase". Y Juan no sólo lo imitaba, sino que superaba al ejemplo. O era Chicha, la viuda, que observaba: —"No debes hacer caso a ese tonto de Fulano. Tienes que ser todo lo contrario". Y Juan aplicaba el consejo al pie de la letra. El barrio era nutrido, y ambas consejeras tenían todos los ejemplos. Juan, autómata de aquellas dos mujeres, respondió a cuanto una

y otra le sugerían o aconsejaban. Todo lo aprendió en el barrio. Moral, sentido del deber, lo canallesco evitable y lo ruin a condenar, lo bueno y lo malo. Ya era María, ya era Chicha la que, índice en ristre, señalaba la lacra, marcaba al malo, inducía al bueno. "Cuando grande, debes ser como el doctor Tal". Y Juan observaba la vida y la obra del médico, y decidió estudiar medicina.

Cuando ingresó a la Facultad, ya Chicha y María empezaban a marchitarse. María ocultó que su hijo pretendía ser médico. Le parecía que no tenía derecho a tener un hijo doctor el carguero turco que tanto diera que hablar en la campaña y que murió sin diagnóstico claro al regresar de una jira por el norte del país. Entró al hospital y empezó a hincharse, muriendo al tercer día. Había perdido la palabra. Alguien les dijo que lo habrían envenenado en una juerga de cierta pulpería mal reputada, nudo del contrabando con el Brasil. Pero en aquella época poco interesaba la desaparición de un carguero, de un vendedor ambulante. Las versiones de la muerte fueron distintas. Porque había ángulos en la imaginación de las gentes. Pero en Juan habíase enseñoreado la idea de la muerte como misterio. Sólo recibiéndose de médico podría obtener las respuestas que

turbaban a su madre y a Chicha.

Juan avanzó en la carrera con notas altas, con felicitaciones, con ofrecimientos de becas. Granero, el estudiante silencioso y parco, el hermético muchacho, aprendía mucho de la vida entre el espectáculo de aquel barrio tan nítidamente explicado por María y Chicha. En las vacaciones, oculto en el patio de la vieja casa que María había adquirido después de muerto Milo; en el patio recoleto, bajo una magnolia de duras hojas verdes y solemnes apenas alteradas por alguna flor blanca y serena que estrellaba el ámbito; en ese patio, Juan, cuyo nombre a los oídos de María rimaba con pan, permanecía meditando, sin mezclarse con nadie de Colinas. Todos sus compañeros eran de otra clase social, de otro rango, de otra categoría. Nadie era como él ni pertenecía a su casta, ni a su escuela de vida ni a su sentido moral. Saludaba a unos y a otros con gravedad, y si alguien le suponía o imaginaba presuntuoso, una sonrisa franca borraba aquella idea. Porque María o Chicha le señalaron, aun en la mocedad, los juicios de las gentes y la conducta que debía seguir.

Y llegó el día esperado. Juan Granero, médico en el último examen. Juan Granero, doctor.

María recibió el telegrama. Con el pa-

pel apretado contra el pecho como una bandera arrebatada al enemigo, salió a la calle. Cayó en brazos de Chicha, llorando como si acabase de parir en un basurero.

—¿Qué pasa, María? —preguntó Chicha conmovida.

—¡Ah, Chicha, es que temía no poder contárselo a nadie. Menos mal que está usted a mi lado.

Sí. Al lado de la polaca había una mujer uruguaya.

EN EL SOTANO

Pobrecita, pobrecita Nadia. Cuando recordaba su primer amor y alguien le dirigía la palabra, su cara no reflejaba ni uno solo de los sonidos que le entraban por los oídos. Después volvía a la realidad, como si acabara de correr una cortina. Fue muy breve su primer amor, y está segura de que muchas muchachas como ella tienen también un primer amor frustrado. De ahí que su padre, cuando bebía más de la cuenta, entrara diciendo: —"¡Todo hombre oculta un drama!"

Desde la niñez oye la frase. A veces la ve escrita en la pared. Pero lo que a Nadia le aconteció fue, más que dramático, una verdadera estupidez, un extravío. Había perdido la cartera de mano, en la que llevaba algunas monedas para pagar el autobus. Andaba por el puerto, muy lejos de su casa. No tenía ninguna posibilidad de encontrar a alguien conocido. Ya le brotaba una lágrima en los ojos, cuando se acercó un entremetido. Lo miró un ratito, lo suficiente para darse cuenta de que era tan pobre como ella, es decir, de su misma condición. El muchacho le dijo un piropo. Nadia le respondió, sabiendo que nunca se debe contestar a un extraño. Lo cierto es que el importuno le dijo que vivía en su barrio, en Nuevo París. —"Yo vivo cerca del "Camino de las Tropas" —dijo Nadia confundida. Subieron al ómnibus 125. El desconocido se creyó con derecho a tomarle la mano cuando el coche quedó vacío. Al bajar, hablando de cosas anodinas, la tomó por el brazo. Resultaba un acto natural que la guiara. Nadia tiene 14 años, y era la primera vez que la llevaban del brazo. Pensó que la desgracia de perder el monedero se le transformaba de pronto en un deleite desconocido. Casi lo aceptaba todo como un desquite. Sí, se desquitaba. En una calle

sombría, desierta, por la que corría una brisa de verano fresca y agradable, Nadia se dejó besar. Turbada, perdió por completo la dirección de su casa. El muchacho podía creer cualquier cosa de ella. El caso es que andaba perdida. Y llegó la medianoche, y seguía sin rumbo. Cansada, deshecha, contrariada una vez más, sabía que en la casa le darían una paliza feroz sin mediar palabra. Y fue entonces cuando, sin quererlo, sin darse cuenta, sin pensarlo más, se vió tendida en un sitio baldío y vencida por la bestial solicitud de su compañero. Todo se confabulaba contra ella. Para rematar la desgracia, aquel torbellino que no conocía...

Volvió a ver al muchacho, pero acompañaba a otra muchacha mayor que ella. Jamás pensó que la vida sería así. Porque desde la noche aquella en que en un baldío la luna resultó más grande que el sol y más luminosa, desde ese instante, comprendió que el amor iba a tener siempre un sabor agrio, y que nada contaría la primera peripecia.

—"Todo hombre oculta un drama" —siguió repitiendo su padre, sin saber que también las mujeres ocultan algo. Sus hijas... ¿por qué no? Eran tres en la casa; y ella, la mayor, ya casada, tenía una historia para ocultar.

—¿No se meten con vos los albañiles cuando llegás con la comida? —le preguntó la madre una vez. Sin duda sospechaba que Nadia se exponía al mezclarse con los mosaístas.

En el gran edificio, el más alto de la ciudad, habían entrado los mosaístas. Este trabajo se adelantaba porque en el sótano del inmenso inmueble, durante las excavaciones, habían hallado restos humanos. Y de los concienzudos estudios que se efectuaron sobre el hallazgo se llegó a la conclusión de que el cráneo pertenecía a no sé qué fósil, tal vez a un habitante de la época prehistórica. Algunos decían que eran invenciones para atraer la atención hacia el gran palacio, donde se establecería el Banco del Pueblo. Los científicos, probablemente entregados a la propaganda y envenenados por la publicidad, declararon sus asombrosas investigaciones. La prensa las recogió, y ya estaban preparándose actos oficiales para bendecir el recinto y dar por colocada algo así como una "piedra fundamental". Precisamente estaban en el sótano los mosaístas, revistiendo anticipadamente las bóvedas que conducirían al futuro tesoro a prueba de bombas.

Nadia llevaba la comida a su marido. De paso, curioseaba acá y allá, asomando el hocico para descubrir los adelantos.

Debía bajar tres pisos. Como no marchaba aún el ascensor, más de una vez abrió la puerta y dejó la vianda en el hueco, al tiempo que se extasiaba, mirando hacia arriba. En una de esas ocurrencias la vió un viejo estuquista compañero de su padre.

—No conviene que te quedes demasiado por aquí —le dijo—; ayer tu marido tuvo unas palabras con un muchacho que dijo que te conocía.

Nadia se sintió picada por la curiosidad. ¿Quién podía ser "ése que la conocía"? Esperó precisamente ese día, después del consejo del amigo de su padre. Esperó sentada en la escalinata, pensando en los huesos que habían salido a flote, en esos fantasmas que a ella le agradaba mezclar con las cosas de todos los días. Cuando bajaron los mosaístas, Nadia se acercó a su marido, lo saludó y buscó entre los trabajadores al fulano "que la conocía".

Sí; había alguien a quien ella también conocía. Mientras retiraba la comida del hueco del ascensor, su marido se le acercó y le dijo:

—¿Conocés a ése?

Habló tan bajo que ella no pudo oír bien lo que él decía; pero como esperaba encontrarse con **alguien**, volvió la cara.

Sí. Reconoció al muchacho del puerto,

el del ómnibus, el de la noche de verano, el del baldío, el... Recorrió paso a paso el itinerario. Oyó la voz del padre: —"Todo hombre oculta un drama". Prosiguió enumerando detalles. Abstraída, pasó a una leve fascinación que su marido tomó en cuenta. Le contestó Nadia:

—Pero hace mil años que no lo veo... Sí, Diego; ese muchacho me conoce.

Inútil fue que trataran de evitarlo. Nadia se lo presentó, sin articular bien el nombre. No era necesario decir su apellido. Diego lo conocía desde tiempo atrás. Siempre había desconfiado de las relaciones entre Nadia y algún hombre jamás nombrado por ella. El mosaísta se acercó. Diego no sabía ser educado, y cultivaba la rudeza como algo varonil que siempre caía bien entre sus amigos. No bien se acercó el hombre a Nadia, Diego le dijo:

—Nos gusta comer solos, ¿eh? De manera que picá...

A las palabras les dió un acento bien conocido entre los hombres resueltos. Y Nicanor, que así se llamaba el compañero de la infancia de Nadia, escupiendo a un lado, plantado como un monolito, respondió:

—¿Y si no me da la gana?

Cuando dos personas están resueltas a darse algunas trompadas, suelen hablar

poco; mejor dicho, no dicen lo que van a hacer. Diego hizo una señal a Nicanor, y ambos subieron las escaleras como si llevasen alas. —"Al fin te encontré; te estaba esperando" —decíase Diego—. "Te voy a enseñar a romperse la crisma por una mina" —pensaba Nicanor.

Nadia se quedó helada. Los mosaístas hablaron. Alguno, en voz alta: "No debían dejar entrar a mujeres". Otro: "Los hombres de un lado, las mujeres de otro". "Se darán unas tortas y bajarán juntos".

Se oyeron voces que decían a las claras que se había formado un grupo alrededor de los que peleaban. Nadia intentó subir por las escaleras. La detuvo el más viejo, diciéndole que no debía meterse.

Gritos a favor de uno y otro obrero bajaban por la escalinata y por el tubo del ascensor. Nadia, de un manotón, se quitó de encima la mano pesada que la contenía. Pero no dió un paso adelante. Mas bien retrocedió, acercándose a la vianda, como para retirarla. La puerta del ascensor, cerrada, permitía, no obstante, oir las voces. Las terribles voces de pelea y la de los que azuzaban a uno y otro. Hasta que de pronto, como con un tajo, se cortó la algarabía; y un golpe seco, un terrible golpe seco en el suelo

del sótano cerró la lucha. Nadia comprendió, antes que ninguno de los obreros allí reunidos, que aquel ruido trágico era la bolsa de huesos de alguno de los dos contendientes. Precipitadamente, Nadia, de espaldas a la puerta, abriendo los brazos en cruz, desgarró el recinto del tesoro con un grito atroz: "¡No quiero saberlo! ¡No quiero saberlo!"

Los mosaístas se miraron unos a otros. Ya tenía el fabuloso edificio un cráneo auténtico y unos huesos, que formaban perfectamente un esqueleto.

EL PRECIO DE UNA VIRTUD

Pienso que mi amiga Dolly acaso sea tan tierna y lozana, tan bella porque se extasía ante el paisaje como yo nunca he podido hacerlo. Ella se queda horas enteras contemplando un lugar determinado, orilla del río o arboleda lejana, como si lo que tiene por delante le ayudara a vivir. No entiendo. Tal vez por esta costumbre se torna más hermosa cada día. ¡Vaya una a saberlo! Pero yo no soporto tanto tiempo admirando este o aquel sitio, por hermoso que sea. Todo me cansa, acaba por fastidiarme. En

cambio, Dolly hasta puede suspirarle a una nube que pasa. Como si desesperara de poder volver a verla. ¡Y qué decir de cómo mira los árboles de la ribera en los atardeceres, cuando el río cristalino corre aguas abajo sin darse por enterado! Dolly, mi amiga, sin bañarse en sus aguas se moja toda en él. Yo la veo empaparse de pies a cabeza, y para mí es entonces un alga. No puedo comprender ciertas cosas. Me queda solamente la explicación que ya he dado: ella se embellece con lo que la rodea. Yo, inversamente, no sé si porque me llamo Lindaraja soy fea y ya renuncié a embellecerme. Soy una fea convencida y necesaria. Dicen que toda muchacha linda tiene una fea a su lado para usarla de contraste. Dolly no hace esos cálculos. Lo sé. Me guarda a su lado porque me quiere. Y me quiere tanto como yo a ella. ¿Gusta de mi fealdad? No sé qué responder. Dolly me busca, y si no, soy yo quien va a su encuentro. Y somos felices juntas. Muy felices. En realidad yo le saco algún partido, porque no hay éxito suyo que yo no disfrute silenciosamente y hasta escandalosamente. Los franceses llaman **chaperon** a una señora, por lo general fea, que garantiza la conducta de la hermosa. Suelen ser viejas. Yo tengo la edad de Dolly. Nacimos bajo el signo del León. Y nos que-

remos mucho, lo repito. Yo nunca tuve novio, y ella los ha tenido a montones. Soy la que va a su lado a los conciertos como un perro fiel que guarda a su amo. No la tocan si yo estoy presente. Dolly me dirige la palabra cuando el tema se sale del carril natural. Los pretendientes deben de odiarme. Creo que más de uno se alejó de Dolly por mi causa. Pero yo no tengo la culpa. Algún día Dolly me dirá que me aleje, y yo la dejaré sola. Mientras tanto, jamás abandono a mi amiga; y los muchachos se sacan chispas contra mi dura epidermis. Porque hasta la piel tengo distinta. Soy áspera, soy violenta, adivino las molestias de Dolly, y cuando le doy un tirón del brazo es porque ella me transmite el pensamiento y me ordena así que lo haga, para no caer en tentación. Algunos han dicho, lo sé, que para conquistar a Dolly hay que conquistar primero a Lindaraja. Estos presumen de inteligentes y astutos. Debí rechazar a más de un mequetrefe que Dolly rechaza. Y soportar a otros que ella quiere tener cerca suyo. En realidad existe uno que lleva ganados muchos puntos en la batalla de los domingos. Con él salimos a recorrer las colinas. Es un muchacho italiano que está de paso en el pueblo. Es forastero ideal. A todas nos gustan los que acaban de llegar. Nos

ofrecen cierta novedad. Este es florentino, bello, como imaginamos que debieran ser todos los hombres. Y se llama Paolo. Nos dice requiebros, que nos causan risa, en su pintoresca media lengua. Las tardes se nos pasan felices a su costa. Alguien murmura que es un pescador de dotes, pero yo pienso que es demasiado joven para calcular la herencia de Dolly, y que está muy distante el día en que ella disponga de su fortuna. Dolly se complace en protegerlo. Le ha regalado, no sé si con cierta ironía, una libra esterlina, que lleva la fecha de su nacimiento. Cosas que suelen coincidir. El florentino prometió enseñarnos muchas cosas, hasta palabras secretas en su idioma. Habla del "pomeriglio" y nos deja extasiadas, porque tiene una voz fascinante. A Dolly le place dar paseos en volanta y mirar las grupas llenas de los alazanes que nos arrastran. Unas ancas armoniosas —dice Dolly. También son celebradas por Paolo, "el florentino", como le llamamos. Yo no entiendo mucho de semejantes gustos o hechizos. Me pregunto: ¿por qué las grupas? "Esos cuartos llenos, sanguíneos, maravillosos" —comenta el florentino aventurero. Yo entonces miro para otro lado. Trato de demostrar que me distraen los cardos del camino, o la vaca

que pasta con sus ubres llenas expuestas a la brisa fresca. ¡Ah, si yo pudiese marcar más mi ausencia! Paolo es nuestro novio, pero debo desentenderme de lo que pasa entre Dolly y él. Prescinden de mí, mas me saben presente. Si hablo al cochero el tema es ya una evasiva en sí. Las colinas se dejan trepar una a una, y yo, alerta, defiendo con mi presencia la virtud de Dolly. Me veo obligada a pensar en la moneda de oro que le ha regalado Dolly a mi amigo y en mi escasez de monedas en todo momento. La virtud de Dolly está asegurada. La madre ha dicho: —"Sí, anda en el coche. Vayan a donde quieran. Pero, ya lo sabes, sin Lindaraja no quiero que salgas". "Mamá —exclama Dolly—, ¡cómo voy a ir sola!..."

Sudan los caballos, traspira el novio, y yo me abanico, porque no corre una brisa, hasta que Dolly le pide al cochero que detenga a los alazanes para mirar el crepúsculo desde el punto más alto de Arenitas Blancas. El cochero baja. Yo no puedo ni debo abandonar el coche. Sería la comidilla de todo el pueblo que los vieran solos. El cochero es viejo, pero son capaces de decir que yo desaparezco con él y recorro las orillas juntando caracoles. Dolly nunca queda sola. No. Yo viajo a la derecha del novio. De ese

espléndido muchacho que hemos aceptado repentinamente porque en realidad nos gusta a las dos. Ni imaginar por un instante que él guste de mí. Me soporta. Nada más. Una muchacha como yo, que además de fea es pobre, y que no tiene coche, y que debe ganarse la vida como bordadora, no puede hacerse ilusiones. Y luego, ya todos saben que vivo resignada con mi fealdad y que no creo que mi físico cambie mirando largamente una puesta de sol. He renunciado a la belleza. Dolly lo sabe. Soy nada más y nada menos que "su cara mitad", como dicen en el pueblo. Su gendarme. Su amiga. Su "carabina", dijo una gallega muy sabihonda. Se encuentran en las novelas muchos casos como el mío. No saco ninguna ventaja de mi amistad con Dolly. Garantizo su virtud, eso es todo. Y no se me puede pagar con nada. Ni con un bordado, porque la madre de Dolly borda mejor que yo. No obtengo beneficio alguno. Dolly, como es tan hermosa, no piensa más que en ella. Si algo me da, es su carcajada generosa cuando comentamos palabra por palabra, minuto por minuto, lo que nos ha sucedido juntas. Entonces no queda títere con cabeza. Si hace frío nos metemos en la misma cama, bajo su manta de lobo, y nos desternillamos de risa. He llegado a caer sobre la

alfombra de tanto reir. Si es verano rodamos en la hierba para sofocar nuestras carcajadas. Dolly tiene una memoria impresionante. Se acuerda de todo lo que ha pasado; y si las dos observamos algún trance ridículo del muchacho, la sola coincidencia nos desata la risa, hasta que se oyen largos chistidos de algún vecino que protesta. Una fea y una linda nunca estuvieron tan de acuerdo. Si a mí me hubiese dado por odiar a Dolly porque tiene tantas probabilidades de ser feliz contrastando con mi destino de fea, no habríamos congeniado jamás. Pero soy su cara mitad. Al punto de que ayer salimos en volanta. Paolo, como siempre, entre las dos. Pasamos, serias, por las calles frecuentadas. El cochero, adelante, dale al látigo. Al trepar la segunda colina, los caballos ya no mantenían sus grupas tan airosas y el pelo peinado. Dolly ordenó al cochero que bajara a descansar. Quedamos los tres en el asiento trasero, muy hundidos en los cojines. Dolly, por supuesto, se dejó besar furtivamente. Claro que yo simulé no ver nada. Busqué una postura adecuada al momento y me dí por ausente. Cuando bajó el cochero hice ademán de descender, pero Dolly tomó un pliegue de mi blusa de seda y me dió un tirón, como pidiéndome que me quedase. No debía

moverme, y allí permanecí quieta, presente y contemplativa a la fuerza. No he sabido nunca cuántas articulaciones tiene el cuerpo humano, pero el de Paolo debía de tener más que el de un acróbata de circo. Ceñía con el brazo izquierdo la cintura de Dolly. La tomó no bien el cochero desapareció en un bajo. Y descubrí que los caballos se dormían. Las colas ni espantaban las moscas, respetuosas de lo que pasaba en el coche. Paolo mantenía en sus brazos a Dolly y la besaba largamente. Dolly no hablaba, no protestaba, no decía una sola palabra. Por detrás, los dedos de mi amiga pinzaban mi blusa. Si ella temió que yo escapara, cumplí con mi deber amistoso. Ni un solo movimiento. Pero la rara postura del novio empezaba a molestarme. Estiraba las piernas en una forma increíble. Parecía un contorsionista. Creí por un instante que se proponía hacerme caer del coche. Pero no eran ésas sus intenciones. El muy canalla aguardaba sin duda las primeras sombras, que bajaron precisamente por la ladera de la más alta colina. Besaba a Dolly; y Dolly, impasible. Yo no podía inclinar la cabeza, no podía mirar. Representaba el papel de toda mi vida: estar atenta en la defensa de la virtud de Dolly. Mientras yo estuviese allí, presente como **chaperon**, cara-

bina o gendarme, Dolly no caería en la tentación ni en boca chismosa. Estábamos los tres. No podía pasar nada. Dolly pagaba duro tributo a la fortuna de su padre, que merecía ser considerada hasta en el detalle físico de la hija. El coche se inclinaba a la izquierda, donde Dolly y Paolo eran casi un solo y envidiable ser humano. Yo seguía mirando la puesta de sol, pensando si esa actitud necesaria no me haría bien y terminaría por volverme más tolerable. El sol se hundió y vinieron las muy serias primeras sombras nocturnas. La obscuridad me acercó la mano derecha de Paolo. La mano de Paolo atrapó, nunca supe cómo, la mía. Tomó mi mano izquierda por la muñeca y, con la gravedad de una hormiga que lleva su carga a la cueva, fué deslizándomela, temblorosa, por el cuerpo suyo, inclinado. De pronto mi pobre mano, tan trémula que a mí misma daba miedo, quedó presa en el roto bolsillo de su pantalón. Y, como si yo fuese la más interesada de las muchachas, la mujer más utilitaria; como si pidiera yo una limosna, Paolo dejó caer en mi transida mano una tibia y líquida moneda.

Cuando se lo conté a Dolly, no pudo disimular su repugnancia. "Lo odio" — exclamó. "Tenemos que odiar a ese mise-

rable florentino toda la vida. ¡Toda la vida!"

Nunca más supimos de Paolo. Yo sigo guardando la virtud de Dolly y no me siento deprimida por ello.

PRIMERA SENECTUD

Andar a medias palabras con la muerte es una de las tantas formas de no renunciar a la vida. Se emprenden algunas aventuras sentimentales cuando uno se siente joven y lo es, y de puro senil, se arriesga a sabiendas.

Estas filosofículas se prodigan en los boliches del arrabal, allí donde los pueblos olvidados por el progreso se tornan más tristes de lo que razonablemente deben ser. Los atardeceres se dilatan Las noches caen de golpe a ponchazos con la gente. La vida parece escapar de

las manos. Precisamente cuando uno anda a medias palabras con la muerte.

Don Pedro de Colinas nunca fué un hombre apacible y ningún vecino le confiaría una hija para que la acompañase por la noche. Una hija de veinte años, por supuesto.

Don Pedro, comerciante mayorista, ha vivido dándose el gusto, saludablemente, sin ofender a nadie con sus actos un tanto originales dentro de la vida pueblerina. Hombre fuerte, despejado y sobrio, no deja de mirar con alguna insistencia a las mujeres jóvenes. Desde que enviudó, la gente sostiene que se ha puesto intolerable. Pero no es cierto. En vida de la finada miraba con igual intensidad a la mujer del prójimo. Pocas palabras, sí, alegría abundante y una gran discreción en lo atañadero a su vida sentimental. Don Pedro no sabe de muchas cosas pero lo suyo lo conoce a fondo. Por ejemplo: sabe que vivirá pocos años. Por eso dice que está a medias palabras con la muerte. Mientras empinaba el codo, me habló en voz baja junto al mostrador de una pulpería arrabalera:

—Amigo mío —dijo con la frente perlada de sudor— no me ha gustado nunca contar lo que me pasa con las mujeres. Pero esta historia parece de ésas que se leen en los libros. Por eso la voy a

contar. Escuche, ponga atención porque quiero que me entienda bien: Una muchacha que distingue a un hombre como yo, que lo aparta entre cientos de mocosos que la persiguen, no es asunto que uno debe pasar por alto... Chica como la que yo digo, no se ve muy seguido. Bonita, muy bonita y... cosa rara, mi amigo, una muchacha que sabe dar la mano, estrecharla con fuerza. Las de su condición parece que dan un trapito húmedo para que uno se lo seque. Dan asco. La que yo le digo, da la mano y usted siente que algo pasa entre sus dedos, que desata como una corriente eléctrica. Me comprende ¿no? Por eso la muchacha me interesó. Lo lindo era que me sentía descubierto, como si me eligiese. Y no yo a ella. Descubría mis últimos impulsos que son iguales, igualitos a los primeros, aunque le parezca mentira. Se lo aseguro. Así, no bien sentí su mano en la mía no titubeé. Me las veía con una chica poco corriente. Y claro, ahí no más le hice una entradita para darle a entender de que no era hombre de perder tiempo. Me comprende, ¿no? No la dejé ir muy lejos. Estas oportunidades no se repiten a los hombres de mi edad. Le dije que me gustaría volver a verla pero a orillas del agua, cerca del arroyo... Bueno, ya sabe lo que quiere decir ese paseo por

las orillas. Me dió la cita y ahora me gusta recordarla con usted que escribe historias de amor... Me comprende, ¿no?

Volvió a empinar otra copa. Tuve la sensación de que el encuentro, molesto en un comienzo, no me iba a defraudar.

—Se llama Eva. Digo el nombre para paladearlo con esta cañita. Como le iba diciendo, aceptó la cita. Confieso que soy un poco impresionable y he sido un gran desconfiado. La muerte se llevó a mi compañera de muy fea manera. Hay muchas formas de llevarse a la gente al otro mundo. La más fea de todas le tocó a la pobre. Mejor dicho, me tocó a mí, porque ella, como es natural, no tuvo tiempo de enterarse. Nadie se entera de que ha muerto. Le repito que soy medio impresionable y que ando en trato con lo que me puede suceder... Me comprende, ¿no? Pues ponga atención... Le dije a Eva: Andá a tal lugar, a una casita de rosado, con zaguán muy chiquito, las ventanas pintadas de verde, las rejas también, con vereda de tierra, no más... Una casita, me comprende, ¿no?, escondida por ahí... La dueña le paga a los purretes del barrio para que hagan sonar las lamparitas eléctricas y aquello es una boca de lobo. De manera que lugar más seguro no hay en todo Colinas.

Necesitó guiñarme un ojo para beber un trago corto y proseguir:

—No bien entrés en el zaguán agarrá a la derecha, le dije. Y me vas a ver esperándote tirado en una camita que... Tené confianza que todo va a salir bien. Un temblor debió correr por sus piernas porque se quedó pálida y sin respiro. Yo hablaba demasiado en serio, como mandándola. Es mi costumbre cuando le gano el lado flaco a las mujeres. Me comprende, ¿no?

Don Pedro hizo una pausa en que sentí gravitar sobre mis párpados entrecerrados su mirada fosca. Y continuó como si hubiese preparado el compás de espera para lograr mayor atención:

—Le dije que entrara confiada no más, como si fuese en su casa. La había citado para las ocho. Pensé que era cosa seria para una muchachita de su edad hacerme caso. Pero me sentía de veinte años, mi amigo, me comprende, ¿no? Y eso no hace mal a nadie.

Empinó el codo con más resolución que otras veces y se puso a mi lado como si necesitara apoyo:

—A las ocho menos cuarto, mi amigo, me largué a la casita. No sé qué me pasaba pero un algo me venía diciendo que la muchacha podría cometer un error, como ser... meterse en otra casa y pre-

guntar por mí. La cosa, de pronto, no me pareció tan sencillita. Ella tiene padres. Comprende, ¿no? De manera que estaba como muchacho de veinte años enredado en un mareo enloquecedor. Y esto es lo que valía la pena, volver a estar nervioso, sacudirme dentro del pellejo. Mientras caminaba marcaba bien los pasos en las baldosas. Al pisar la vereda de tierra ya cambié, también, ya me sentí distinto. Fué entrar en la oscuridad y comprendí que algo pasaba, algo muy inesperado, muy inesperado. La ventana donde yo debía estar esperándola largaba una luz de sequía, amarilla y roja, una luz muy rara. Me paré un momento. La ventana me pareció una estampa dorada de esas que se venden en las iglesias. Y ¿sabe lo que era?

Bajó la voz, velada ya por el alcohol.

—¡Era nada menos que la capilla ardiente de la dueña de casa! A la prójima la estaban velando. En el zaguán, cerrado, se movía el moño de crespón... Me comprende, ¿no? Algo muy serio si me dejaba ganar por la parca. Y fué entonces que empecé a buscar a la muchacha por todo el barrio. No quería que tuviese esa sorpresa, mi amigo. La busqué hasta en los baldios vecinos. Nada. Esperé más de una hora. No quería defraudarla.

Bebí por mi lado. Estuvimos silenciosos unos minutos. Bebíamos como dos amigos. Hermanados en la edad y oyendo quizás, uno y otro, aquello de que estamos a medias palabras con la muerte.

—¿Usted quiere creerme, amigazo, que no me dejé ganar por los malos pensamientos?... No le dí entrada al miedo. Acepté el desafío de la muerte por intermedio de los veinte años de la muchacha. Acepté el desafío y no quiero ahora pasarme en la bebida. Me comprende, ¿no? Pero no hay nada mejor que la caña para contar historias.

* * *

Tres días mas tarde di con don Pedro en una calle concurrida. Sonreía a unos y a otros. Las esquinas de los pueblos desatan las lenguas de los chismosos. Al verme pasar, me detuvo junto a un buzón.

—Sabe que terminó bien la cosa —me dijo—. La muchacha se salvó. Estas criaturas tienen suerte. No pudo ir a la cita... Se salvó del mal trago.

—Cuánto me alegro por ella —contesté—. Esa experiencia macabra le habría hecho mucho mal.

—Es lo que yo pensaba y no encontré la palabra: macabra. Justamente. Y no crea que no fué para negarse. No. ¡Qué esperanza! Ayer nos vimos en la orilla

y me dijo qué había pasado. "Sabe don Pedro, ¿por qué no fuí a esa casita? Porque a mamá le nació una nenita preciosa, preciosa, don Pedro, una nenita divina. Justo a la hora que usted me esperaba. No pude dejarla sola porque en el rancho no había un alma... Tuve que bañar la nenita...".

Don Pedro, orgulloso por la excusa, repitió: Me comprende, ¿no?

Cuando le oí el estribillo, recién entonces, me dí cuenta de que era don Pedro el que nunca entendería nada.

S U I T E

I

Las cosas sucedieron tal como las cuento. (Pero, conviene señalar antes de iniciar el relato, el valor de esta reflexión: "Nunca se sabrá por qué algunas personas mantienen el privilegio de atraer las confidencias").

Las cosas sucedieron tal como las cuento.

Una noche, esperaba a una amiga a la puerta de su casa. La había invitado a ir al cine. Aguardaba en mi coche, entregado al libre fantaseo seguro de que

lo iba a cortar intempestivamente. Y así sucedió. De pronto, atravesó la calle una inesperada muchacha, abrió la portezuela y se metió en mi automóvil. Con ella, la ráfaga de un perfume conocido que me predispuso agradablemente.

—Yo sé que usted espera a mi hermana. Yo soy Felita. Ayúdeme. Acabo de hablar por teléfono con Lucho. El está en el bar de la esquina... Le dije que descolgaba el tubo para no ser molestada y que me metía en cama. Pero tengo que salir esta noche con Arturo.

Felita necesitaba descargar aquella andanada de palabras. Se arqueó para observar a través del cristal de la ventanilla.

—Pero —proseguía nerviosamente— estoy segura que Lucho va a espiarme. Ya lo ha hecho otras veces. Está cerca de aquí.

Suspiró y por vez primera me miró a la cara.

—Discúlpeme pero no encuentro otra forma de evitar una catástrofe. Sé que usted es comprensivo... Me entenderá, lo sé. ¿No le molesta que espere aquí? Mi hermana va a demorar un poco.

Volvió a mirar hacia atrás. Al inclinarse me daba la espalda y seguía hablando.

—No me molesta en absoluto —contesté.

—No tenga cuidado... Me escondo bien escondidita, hasta que venga Arturo.

—Me divierte ser su cómplice —dije sin la certeza de ser oído.

—Estoy hecha una pila de nervios —exclamó arrebujándose en el asiento.

—¿Una pila de nervios? —pregunté— Parece más bien una bomba que va a estallar.

—No me asuste, por favor. Hace cinco años que vivo en este estado. Resulta insoportable, pero se vive. ¡Ah los hombres celosos! Perdone —cambió de tono— pero como he oído sus conversaciones telefónicas con mi hermana, no me importa hablar demasiado. Ya sé como es usted. Puedo confiar. ¡Ah, ahí viene! Mire. Fíjese. Ese coche que viene despacio ¿es un Packard? (no me dejó opinar). No, ése no es. El de Arturo tiene chapa de la provincia. ¡Qué horror!... Usted dirá que esto no es vida. Tanto lío para dar una vuelta por las "boîtes". Dígame si no es estúpido. ¿Qué habrá de malo en ello? Como Lucho entra en el Hospital a las siete, yo debo meterme en la cama a las diez... Cumplir su horario... Figúrese. Un horror. Ahí viene, ahí viene. Discúlpeme...

Sacó su breve mano por la ventanilla y se detuvo el coche que avanzaba. Bajó, trasbordó rápidamente y yo me quedé con la mano tendida. El tal Arturo apenas si pudo verme la cara. Yo me quedé imaginando las explicaciones que le habrá dado al amigo nocturno. Cuando salió mi amiga le conté lo sucedido.

—Todos los días pasa algo semejante. Tiene mil combinaciones. La de esta noche la improvisó sobre el terreno. Calculó que estabas en el coche y aprovechó la coyuntura. Sus tretas son originales: recoge programas de cine para justificarse las salidas con Arturo; lee los argumentos por si Lucho le pide que se los relate; descuelga el tubo para evitar llamadas; pide remedios a las farmacias para dar veracidad a supuestas dolencias. Simula conversaciones telefónicas y sostiene diálogos con personas imaginarias, a las que invita a partidas de "canasta" cuando no a velorios o casamientos. Ha llegado hasta inventar amigas. Hace suponer intimidad con gente importante con la que no tiene relaciones.

Su hermana Sofía exclamó para terminar: ¡Vive sobre un volcán!

—Para mantener semejante situación —comenté con desgano— hay que tener talento.

—Lucho adora a Felita —continuó.

Vive pendiente de ella. Oigo charlas telefónicas en las que se pelean, pero luego hacen las paces. Cambia el tono de voz y santo remedio. Pero Felita es cruel. Aprovecha las peleas con Lucho para salir con Arturo, como esta noche.

—Y con Arturo ¿qué relaciones tiene?

—¡Oh, Arturo la deslumbra! Cree que es el hombre más fino y elegante. El más arriesgado en política. El le cuenta quijotadas que no podrá hacer nunca el pobre médico recién recibido. La colma de regalos y le llegan flores día por medio, cuando está ausente en viajes de negocios. Su secretaria tiene marcadas las fechas para llamados telefónicos. Cuando va a Europa, los llamados de larga distancia estallan en la casa. Escapa del cine, o del teatro o de cualquier fiesta, para estar a la hora justa de la comunicación, pretextando sofocamientos o repentinas molestias.

—¿A cuál de los dos sacrificaría —pregunté mientras andábamos hacia el cinematógrafo —si llegase la hora de decidir?

—Según ella, sería la muerte terminar con uno o con otro. Lucho le resulta aburrido sin Arturo, y Arturo, intolerable sin los celos de Lucho. Hace cuatro años que la oigo decir que debe terminar la comedia. Pero una discusión violenta

con Lucho la irrita y la alimenta. Y los cuentos pintorescos y las atenciones de Arturo, la divierten y la halagan... No quiere ser vencida por otra mujer. Además, no olvides que ambos viven en mundos totalmente opuestos. No se encuentran nunca. Aunque parezca mentira, jamás han coincidido ni en un cine. Y ella, dominando los dos extremos... Creo que, o rompe con los dos, o continúa así hasta el fin de sus días.

—Felita es atrayente —dije—. Hay algo extraño en sus ojos. Si tuviese alguna actividad, tal vez...

—Se serviría de ella para engañarlos mejor...

—Y... ¿si apareciese un tercer personaje en escena?

—Perdería el tiempo. Está totalmente entregada a sus dos amores. No puede admitir la más leve insinuación de nadie. Les guarda fidelidad.

Llegamos a la puerta del cine.

* * *

Las cosas sucedieron tal como las cuento.

Dos años más tarde aclaré aquel conflicto amoroso como correspondía a los seres que polarizan la existencia ajena.

Viajé entre Buenos Aires y Montevideo. En la travesía ocupé un camarote de cuatro camas. Trepé a la litera su-

perior antes de que llegasen mis compañeros ocasionales. Estos demoraron en acostarse y cuando se recogieron supongo que habían bebido. Entraron tratando de producir el menor ruido posible, pero el mismo propósito los hizo ruidosos. Venían desarrollando un tema de conversación que no querían cortar.

— Quién iba a decirme a mí — dijo uno de ellos de voz madura — ¡quién iba a decirme que nos encontraríamos alguna vez!

— Cosas del azar... o de mi indiscreción — respondió el otro —. Pero no olvide que estábamos unidos... y en qué forma... — se oyó su risa franca.

— Muy buena observación. Ella nos unía. Pero encontrarnos en este camarote es demasiado casual.

Trataban de hablar bajo.

— Todo es coincidencia en la vida.

— El mundo es chico y hay que creer en el destino.

— Si por lo menos ella nos hubiese presentado.

— Es lo que yo me decía cuando nos dimos a conocer — dijo el de la voz más grave.

— El marido preguntó quiénes éramos ¿se dió cuenta?

— Claro que sí... Ella no es muy discreta, por cierto.

—Ha perdido mucho de aquel encanto.

—Es verdad, se gastó muy pronto.

—Parece que es feliz con su marido.

—Claro que es feliz. Es una buena chica. Un poco nerviosa. Pero ya debe estar sentando cabeza.

—Me lo imagino.

Se oyó un bostezo confianzudo.

—Aquellos ramos de rosas que usted le mandaba —dijo uno.

—Y usted, aconsejándole que se metiese en la cama a la diez de la noche. Usted se defendía, confiéselo. El hospital, la clínica...

—Increíble —comentó el de la voz madura.

—Qué disparate —terminó el otro—. Y ella ¿no sospechará que hablábamos de ella? Al fin nos conocimos, los terribles rivales...

—Los protagonistas de su corazón en una mesa común. Qué trampas nos tiende la vida.

—Pobre Felita —suspiró uno.

Creo que los tres suspiramos a coro: Pobre Felita.

II

Inesperadamente, el transatlántico que navega por un mar orondo e imparcial coloca frente a frente a dos personas a las que la tierra, formal, jamás hubiese juntado. La tierra casi siempre es hostil; son hostiles las ciudades, las calles, las veredas. Pero una "primera clase" en el "Conte Biancamano" nos dispensa el privilegio de reunir a gente dispar más allá de dieciseis días. En el lapso prescrito nadie escapa a las variantes de temperatura. Hay una sola y única e inmensa noche para toda la tripulación. Desde el anónimo marinero hasta la gran dama, todos resultan unidos por idéntico sortilegio. Es un don marino; nunca terrestre. Las mujeres deben pensar en Venus salida de las aguas. Y los hombres, aun los más insensibles, se sienten afectados. Dos personas frente a frente testimonian la velada. No se ignoran. Han sonreído una y otra vez en el deck al oír algún

disparate turístico. La manta blanca de una de las dos señoras de nuestra historia ha producido cierta sorpresa entre los de "su clase". No de la "primera clase". Los de la otra; los de su rango.

El mar las ha citado. La alta noche es un sembradero de estrellas, una verdadera locura sideral. ¿Cómo presentarse dos soledades que viajan aparentemente de incógnito? Hay un lugar en el barco que sabemos imantado. Allí se forman las parejas capaces de amarse durante la travesía hasta agotar cien años de sed y de diferencias sociales, o se reunen señores graves que se sienten inteligentes y felices. Es una sola noche, imprecisa, pero que se puede disfrutar en alta mar. Una sola, la única y desconocida hasta que se da con ella. Tiene su clave, su lenguaje, su forma de esperar el alba. Y esa noche se va, y no se repite en la vida de los hombres.

Fue Lea quien dirigió la palabra a Norah. Norah no le habría jamás acercado una de sus voces, la menos útil, a una mujer de cuya aristocracia tanto le hablara el anémico amigo que llegaron a compartir. El escribía novelas "á clef" y obtenía éxito de escándalo. No porque tuviesen gran calidad, sino porque en ellas estaban presentes ambas mujeres. Casi no pudo escribir una línea sin nom-

brar la casa de Lea, ni pergeñar un cuento sin soslayar a Norah. Cinco ambiciosas novelas circulaban en anaqueles del gran mundo. El escritor, de cuya memoria se habló en su ciudad natal como de un prodigio, podía llenar una época de la literatura de su país, donde imperaba una aristocracia dudosa. Y muchas tertulias fueron cubiertas por los comentarios en torno al infatigable novelista. Páginas y más páginas dedicadas a Lea. Como si hubiese en el escritor dos hombres disímiles. A veces dibujaba pasajes en que intervenía Norah, modesta y tierna mujer. Y eran, así, dos hombres distintos elaborados por dos mujeres alejadas, distantes. Lea dominaba un mundo cargado de abolengos, dineros y talentos. Norah, una forma sutil de vida, mínima, nada humilde, pero sí recatada con frustraciones burguesas, tan pálidas, que más que agrios fracasos parecían darle cierto brillo a su sencillez. La vida sabe compensar a los inocentes que se acercan a la literatura sin saberlo.

—Norah... —murmuró Lea, como apoyada en la serenidad marina, ya dueña indiscutida de aquel momento que iba a tener una forma—. Norah... Creo que nos conocemos.

Desde que el autor fuera designado para la embajada en el Japón, Lea temía

que se la culpase de un destino tan imprevisible. Pero estaba equivocada. Norah insistió más que ella para que lo alejaran de la ciudad, como si necesitara ser confinado. El novelista no era hombre de prisiones. Era hombre para ausencias reconfortantes. No otro destino se merecía su cerebro privilegiado.

—Sí, claro, señora... Sé tanto de usted que...

—Me imagino, Norah. El no supo ocultar nada. Creo que nos hemos estado comunicando durante los tres años que vivimos así...

—Habrá que explicarlo todo por su manía de escribir sobre nosotras.

—¡Ah, manía no! —protestó Norah—. Manía es término impropio. Por su afán de angustiarse, por su maravillosa inspiración. Es el más grande escritor de este siglo, Norah; debe usted comprenderlo. Si no, no entenderá nunca lo que pasó entre nosotros.

A Norah le habían hablado mucho de lo que experimentaría en Europa; de cuanto sucedía en París, en el París de M. Sartre. ¿Empezaba Lea a expresarse en ese idioma? Recordó que tres días antes habían "pasado la línea". Quiso sonreir, pero no pudo. El escritor le había enseñado muchas cosas, pero no a sonreir. Le había enseñado a elegir vinos

—espumantes, secos, demi-secs—, y costumbres, y a seleccionar personas mundanas. La abrumaron de pronto cientos de palabras en francés. Norah no podía expresarse en tal idioma. Pero aquel amago de **ménage â trois** la hizo inclinarse a un lado, como el transatlántico en ese instante.

—No es cosa muy corriente lo que ha sucedido entre los tres, Norah. Un sér privilegiado como nuestro amigo, un sér tan extraordinario, no pertenece al hemisferio que acabamos de dejar atrás.

Norah comprendió que el mar era ya otro y que ella no lo había advertido. —"Si él estuviese a mi lado —pensó— me lo habría explicado". Y prosiguió Lea:

—Seguramente usted conoce las páginas inspiradas en nuestros destinos.

Norah asintió. Le dolía que ella conociese las inspiradas en ella, amargas en su mayoría. No se atrevió a decir una sola palabra. El novelista —su novelista— nunca le había dicho que los suyos "transitaban también el gran mundo". —"Sobre mí" —insistió Lea—, "sobre mis manos". No creo que autor alguno en el mundo sea capaz de transmitir tanta belleza como las que contiene el tríptico "Lágrimas para unas manos".

—Ni tanta melancolía —agregó No-

rah — como en los libros que escribió en mi casa de la calle Las Heras, en plena angustia por su patria.

—Me hablaba mucho de usted —dijo melancólicamente Lea.

El mar, por instantes, elevado en brisas tenues, parecía proteger con preferencia a la aristocrática criatura. Las palabras de Lea sonaban mejor, definidas, graves.

—¿Habremos hecho por él todo lo que se merece? —preguntó Norah infantilmente, dejándose ir por una frase nada elaborada.

Ambas mujeres decidieron desprenderse de aquel agrio y atribulado escritor. Un mundo, el oriental, iba a salvarlo. Las poderosas influencias de Lea, vinculada a la banca y a la política, fueron decisivas. Norah ya hacía bastante con desprenderse de su novio de la segunda adolescencia, de la etapa en que hay alertas por todos lados, amenazan las necesidades, se avecinan los compromisos materiales. El novelista no podía despegar de una casa editora, donde leía textos en idiomas diversos con automatismo dañino. Lea y Norah aprovecharon de lo mejor de aquel eximio creador. Adelantados dos largos y densos capítulos de una gran novela en un Suplemento Dominical, "le tout Buenos-Ayres" se en-

teró de los dos extremos de la pasión del autor. Unos consideraron la de Lea como "pasión nocturna". La de Norah, como "pasión matinal". Y la fama tejió con agudos dedos una gloria que se explicaba en aquella travesía atlántica.

El mar dejaba que ambas almas inspiradoras atravesaran juntas la noche señalada.

—¿Habremos hecho bien? —preguntó Norah.

—Seguramente. Procedimos de acuerdo, y eso ha sido lo más inteligente. Nunca creí que usted aceptase mi plan —terminó Lea.

Norah sonrió francamente.

—¿Qué estará haciendo ahora en Tokio?... —moduló las palabras por lo bajo, y Lea adivinó la pregunta por la cita de la capital.

—Pensará en usted —replicó Lea, generoso y alto espíritu.

—No. Usted siempre pudo más. Piensa en usted. Los japoneses conservan sus características aristocráticas. Eso lo hará feliz.

El mar, generoso elemento, ofrece la mayor oportunidad. Le place unir a los seres que han estado alejados; reune a la gente más diversa, las cita en esa noche que nadie ha podido definir. Se ignora en qué latitud navegamos. Pero así

como se da, el mar resulta implacable. Desordena despiadado aquello que organizó. Enloquece a la brújula, perturba a los seres humanos con bruscos cambios de temperatura. Trastorna al pasajero, y nadie desembarca unido por el vínculo marino.

En Lisboa subió al navío un diplomático inglés, con secretario y ayuda de cámara. Norah sospechó que se trataba de una cita con Lea. Ya en Las Palmas, un pálido comerciante en joyas, que pareció español y resultó filipino, desconcertó a ambas pasajeras por el físico; llegó a conmoverlas. Era la estampa del novelista. Tal vez menos melancólica, seguramente menos romántica. Norah conversaba con él de viajes, en la mesa del capitán, que ella ocupaba. Los parecidos resultan tristes sombras que persiguen a los enamorados. Lea y Norah veían en el joyero al común amigo.

En Tokio llovía sin cesar en aquella fecha. La ciudad parecía una estampa, una tarjeta postal a la que sólo bastaba ponerle una palabra y rubricarla.

El novelista apartó dos postales y las envió a París. Una, dirigida al 16º arrondissement; otra, al 7º.

TUS MANOS TE DELATAN, OLIVIA

A José Bianco

Nunca supe si tu amor por las cartas geográficas era verdadero. Se encendían tus ojos verdes y cambiaban de tono, no sé de qué verde marino cuando enfrentabas un mapa antiguo, una lámina roída por el tiempo, que superaba a todo sueño viajero. No sé qué aventuras imaginabas o qué abuelo loco se asomaba a tus pupilas para gozar con los colores y las líneas de los viejos cartógrafos. La rue de Nevers es oscura y tétrica. Uno puede de-

tenerse y dar un beso largo a la compañera. Muy difícil que pase un automóvil. No obstante, ese día —¡claro que lo recuerdas!— pasó Arañés y nos vió besarnos en plena medioeval humedad, en plena niebla. en plena penumbra. Ibamos hacia el quai des Grands Augustins soslayando la casa de Picasso, que nos tentaba a poca distancia. Pero nuestro propósito era comprar un mapa en casa de un anticuario de la rue Dauphine, a pocos pasos del Pont Neuf. Yo lo había descubierto, lo había contemplado para ti, anticipadamente, como miran los millonarios las esmeraldas que van a regalar a sus amantes. Recorrí curioso los datos geográficos, deteniéndome en los tópicos de la orografía. Sabía yo que ese detalle te iba a fascinar, pero nunca en la medida en que te turbó una de las designaciones.

Desembocamos en la casi ignorada Place Pierre Curie, un nudo del tránsito de vehículos frente a anticuarios y bistró de concurrencia heterogénea. Te había yo prometido el mapa que me ofreciera dos años antes el pequeño librero y vendedor de juguetes antiguos que se esconde en la rue Dauphine. Allí la calle —más bien dicho el muro del norte— hace una discreta curva para esconder la librería. El techo del diminuto local está

cubierto por hermosos **cerfsvolants** de Epinal. Tú lo sabes muy bien, ¿verdad, Olivia? Cuando entramos a la librería de viejo del anticuario, cartógrafo y juguetero, el hombre me reconoció y me dijo, sin el **bonjour** de rigor: — "La carte vous attend encore!"

Sí, me esperaba la carta geográfica de un Brasil maravilloso, que aparecía pesando sobre mi país como una bolsa de diamantes sobre una abeja.

—¡Qué maravilla! —exclamaste al ver desplegada la carta geográfica más hermosa que se puede encontrar en casa alguna de París—. ¡Esto debe de costar una fortuna!

—No digas la palabra fortuna por segunda vez —te dije por lo bajo—; nos puede echar a perder el negocio. Ni muestres excesivo entusiasmo.

—Es que no puedo; no puedo disimular, es inútil... —replicaste.

—Claro, Olivia; no has nacido para disimulos. Siempre hay algo que te vende en tu manera de ser... No disimulas nada.

—No te entiendo —respondiste, con los verdes ojos, de un tono extraño, como nunca te los había visto antes.

—¿Te fascina de veras esa carta geográfica? —te pregunté, desconcertado.

—¡Es la locura! —exclamaste.

Estaba perdido. Costase lo que costase el mapa antiguo, no tenía más remedio que abrir mis arcas y volcarlas en manos del especialista en piezas raras.

Resultó vano citar uno y otro negocio de renombre para calmar al presunto asaltante. Hablé de Matarazzo y otros anticuarios. Cada nombre que decía —pensaba yo— disminuiría el precio, porque debía suponérseme relacionado con expertos.

Recorriste las líneas del mapa como una quiromántica las de mi mano. Te contuviste un tanto cuando pregunté el precio de aquella maravilla. Me había equivocado. No era un precio prohibitivo. Habría pagado medio millón por verte, Olivia, en una de tus más bellas interpretaciones. Aventurera de mil itinerarios, habías recorrido el mundo desde tu **pigeonnier** de la rue de Grenelle. Sólo te faltaba precisamente Brasil con sus misterios en carne viva sobre los mapas para satisfacerte el apetito.

Pagamos la suma demandada, y con la carta geográfica bajo el brazo atravesamos el Pont Neuf y nos dirigimos por el quai des Orfèvres al restaurant Chez Paul. Pero no nos gustaba entrar por la puerta que daba al Sena, sino por la que daba a la plaza Dauphine —¿recuerdas?—, porque bebíamos un par de Ricards en el bistró

antes de sentarnos a almorzar. A veces dependía de qué clientela tenía Paul, porque si nos disgustaba la gente cambiábamos por el Vert-Galant, lo que sonaba a desconcierto; un **tournedos** Edouard VII del lujoso restaurant de la esquina frente al Palais de Justice nos costaba tanto como el almuerzo completo de Chez Paul. Esto era abusar de París. Porque beber un Ricard en un bistró y trasladarse a un restaurant de primera categoría era como para desconcertar a la policía secreta de París. No se podía atar con un mismo cabo ambas moscas.

Pero nosotros, Olivia, podíamos hacer estas cosas. A veces te retenía alguna prenda de vestir que no era como para el restaurant elegante. Otras, levantabas los hombros y sabías que en París la negligencia se premia.

Almorzamos en el Vert-Galant, porque Chez Paul estaba lleno de norteamericanos desagradables. En cambio, el restaurant de lujo parecía que anunciaba su cierre definitivo. Estaba desierto, con esa tristeza de los restaurants venidos a menos, que dejan caer las cascadas blancas de sus planchados manteles inútiles. Podíamos, por lo tanto, desplegar el mapa y darnos el gusto, saboreando melón con jamón bañados con un Chambertin

1943 mientras preparaban el **tournedos** Edouard VII, que tanto te gustaba.

Tus manos desplegaron la carta geográfica con suma delicadeza. Manos admirables las tuyas, Olivia. Manos misteriosas, Olivia; manos tristes las tuyas... Con el índice rígido señalabas los accidentes orográficos, los ríos; los montes, los cerros de la parte Sur del Brasil que comprendía aquel mapa raro y atrayente. Las denominaciones nos dejaban desconcertados. Tenías la costumbre de preguntarme el significado de los nombres, como si quisieras ponerme en aprietos o examinar mis conocimientos. Mientras tanto, navegabas en piraguas, cabalgabas en caballos mansos, recorrías a pie selvas intrincadas. El Chambertin nos ponía a tono con la aventura brasileña. Luego, carnívora como eras, paladeabas el **tournedos** con cierta voracidad de exploradora de selvas inexploradas. Cuando me mirabas me dabas un poco de miedo. Había en tus ojos algo extraño, como si yo no fuese lo suficientemente experto para estar a tu lado. ¿No sería yo un monigote a fin de cuentas y a pesar de la pasión que nos envolvía? Por ahí, cerca de Livramento, descubriste dos nombres, uno de ellos para ti familiar: el cerro del Chapeu. Me consultaste, y luego inte-

rrumpiste el sorbo del maravilloso borgoña para responderte:

—Chapeu... sombrero, ¿no?

—Sí —te dije—; cerro del Sombrero; en portugués, chapeu.

Tus ojos me habían desconcertado una vez más; y aquella mano, deteniendo mi respuesta como una frágil valla a mis palabras, me escalofrió. Tus manos tristes...

Frente al Cerro del Sombrero aparecía otra designación: Cerro Batoví. Y tú, Olivia, repetiste: Batoví. A nada te sonaba aquella palabra indígena. La pregunta resultó lastimosa. Tu rostro, en blanco, vencido por una realidad, mientras repetías Batoví, Batoví, una y otra vez. Entonces pude sonreir y mirarte de otra manera. Con aire profesoral, te expliqué:

—Batoví quiere decir seno de virgen. El morro que allí se señala tiene la forma de un seno de virgen. ¿Verdad que es hermosa tal designación?

Y esta vez quedé observándote como no suponías, un largo e indiscreto instante. Desde la cumbre de mi Chambertin, como desde una colina del Olimpo, te observé sin pestañear. Te encontré bella, pero bella y misteriosa al mismo tiempo, sin recordar que tus manos eran mis extrañas enemigas. Repetías Batoví, Bato-

ví... De pronto exclamaste, sin mucha convicción:

—Ahí tienes un bello nombre para una perra. Si alguna vez me regalas una perrita le pondré por nombre Batoví. ¿Te gusta?

—Sí, me gusta. Pero jamás te regalaré una perra.

—¿Me tienes lástima? —me preguntaste de pronto.

—¿Lástima, por qué?

—Nada; se me ocurre que me tienes un poco de lástima. ¿No te place que yo quiera viajar en las cartas geográficas que me has regalado? ¿Piensas que es una manía tonta? Te quiero, te quiero mucho, mi gato. Jamás te pediré que me regales una perra.

A esta altura del almuerzo, ya con el mal café y el buen coñac, procediste como si el mozo no se hallara presente. El restaurant siguió desierto. Pasaban algunos automóviles, que dejaban caer sombras dentro del local. Nadie podía vernos, porque los restaurants de lujo están instalados de manera que no exista la calle. Quizás en ese momento llevaban a alguna prostituta hacia el Palais de Justice. Por la noche se las podía ver camino del dépôt, por el quai des Orfèvres, en manos de algún repugnante flic nocturno.

Pero el sol abrió un tajo entre las nubes y pude contemplar tus ojos, Olivia, con sus pestañas largas, lanzando miradas extraviadas entre un verde musgo.

Olivia, ¿qué impresión te produjo el cerro Batoví? ¿Por qué pusiste una cara que nunca alcanzaré, cuando te describí el cerro y conté que lo había visto y dije que tenía las perfectas formas de un seno de virgen? Seno de virgen... Perfección humana, golosina en el paisaje de Livramento. ¿Acaso sentiste celos? Olivia, tus ojos cambiaron muchas veces, como si corrieses por galerías infinitas pobladas de **vitraux** y ventanales alocados. Quisiste no dar importancia a la impresión causada; lo sé; y hablaste del nombre apropiado para una perra. No. Batoví te encendió las pupilas. No quedó ni una gota de la gran copa de coñac que tus manos tristes habían calentado. Sostenías la copa como si mantuvieses un seno en la mano. El líquido apetecible avivaba tu entraña. Olivia, eres refinada y caprichosa, y embelleces cuanto tocas. El cerro Batoví —seno de virgen— y la copa de coñac tan frágil cerraron la charla del almuerzo. Y caminamos por el borde del Sena, con el mapa como un secreto o como algo robado a un anticuario maldito. Seguimos hacia el Louvre.

Un árbol de la ribera aparecía con muy

escasas hojas. Yo dije, para distraerte:

—Cuando te pregunten dónde caen las últimas hojas del otoño en París, responde que caen al pie de los faroles, porque el calor de la luz sostiene en las ramas las hojas amarillas. No todos los parisienses lo saben. Desde hoy compartimos un secreto. ¿Te gusta compartir secretos con quien tanto te quiere? ¿Me entregarías algún secreto tuyo para que yo lo gozara?

Olivia, pusiste tus ojos verdes tan lejos de mi alcance, que me sentí solo y perdido. Pero seguimos andando en silencio por el muelle del Sena con gentes otoñales y parejas que uno siempre supone que son más felices que uno.

Caminamos lentamente hasta el Pont Royal, y allí atravesamos el Sena.

Mi hotel aparecía más gris que nunca. Noté por vez primera que había crecido el árbol que se acercaba al Pont du Carroussel. Nosotros también habíamos crecido. Eramos viejos y estábamos como gastados por el tiempo. ¿Qué nos pasaba? ¿El coñac nos había alterado? Sí, quizás el alcohol... Tú subiste al cuarto piso y te quedaste una vez a mi lado. Nos amamos en silencio. Siempre dejas de hablar cuando haces el amor. Enmudeces. Las voces te estorban. ¿Las mías? Apenas si levantas el hilo de unas pocas pa-

labras. Pero tus manos te expresan. Tus manos tristes.

A nuestros pies el Sena silencioso nos daba una lección de amor. Sé besarte, Olivia, pero me tornas solitario. La carta geográfica que adquirimos me miraba desde la mesa de mármol, junto al gran espejo. Mientras nos besábamos, yo me preguntaba: ¿Por qué buscas con tus manos febriles algo en mi tórax? ¿Qué buscan, Dios mío, en mi pecho tus manos de amante apasionada? ¿Por qué hay instantes en que parece que me rechazas con ambas palmas de las manos? ¿Qué formas buscas en el aire de mi cuerpo? ¿Qué formas?

Olivia, sé que nunca quisiste tanto a un hombre. Ni yo tal vez haya amado tanto a una mujer como tú. Pero tus manos te delatan, Olivia.

INDICE